constitución de la Iglesia. Luchaba por la supremacía de la Cámara de los Comunes, sin querer dominar á los Lores ni invadir el terreno de la monarquía. Estaba convencido de la infalibilidad de los dogmas calvinistas, sin pertenecer á los puritanos rigoristas, y en medio de un trabajo excesivo encontraba aún tiempo para disfrutar de los goces de la sociedad. Sus enemigos hicieron repetidas alusiones á su vida privada en folletos y sátiras en verso. Exteriormente era hombre de finas maneras, vestía con sumo esmero, y tenía una fisonomía de rasgos muy marcados y ojos expresivos.

Pym dividió en tres clases las infracciones de la ley ocurridas: las que se referían á los privilegios del Parlamento; las que atacaban á la religión del país, y últimamente las que se dirigían contra la libertad y la propiedad de los ciudadanos. En un discurso de dos horas expresó el pensamiento de que ante todo debía procurarse satisfacer las reclamaciones del pueblo, siendo esta la mejor manera de prestar un gran servicio al rey, «pues que el que disminuye el peso favorece la progresión tanto como el que inicia el movimiento.» Se extendió principalmente acerca de los peligros del papismo, que quería que se considerase como una fuerza política, y trató de demostrar que las maniobras de los obispos conducirían indudablemente á una recatolización de Inglaterra. Con estas palabras hizo vibrar la cuerda más sensible del alma de todos los miembros puritanos, y la Cámara adoptó completamente su modo de ver, pocos días después, declarando que la deliberación sobre las reclamaciones del país debía preceder á toda discusión sobre concesión de subsidios. El rey buscó apoyo en los Lores, y si bien allí tampoco faltaban miembros de la oposición, la mayoría acordó que debía suspenderse la discusión sobre las reclamaciones é invitó á los Comunes á una conferencia en la cual debía tratarse la cuestión de los subsidios. Los Comunes protestaron contra esa infracción de sus derechos, y aunque la Cámara alta no modificó su opinión, los Comunes no cedieron ni un ápice de sus primitivos propósitos. Pasaba el tiempo; el gobierno tenía gran prisa en llegar á la posesión de los subsidios, y se decidió á hacer una concesión que le pareció muy importante. El rey hizo saber á los Comunes que estaba pronto á no exigir más el dinero para buques si se le concedían doce subsidios. La promesa era halagadora, pero fué rechazada; pues no se trataba de que la exacción del dinero para buques cesara en el porvenir, sino de declarar que desde su principio había sido una medida ilegal. Hampden, á quien este asunto interesaba más que á nadie, hizo presentar una proposición para conseguir que se rechazara la moción regia, que fué retirada por el gobierno. El rey se convenció de que no obtendría dinero sino bajo las más ignominiosas condiciones, y se sintió tanto más agraviado, cuanto que se le pidió que hiciera las paces con los escoceses; y así, disolvió el Parlamento, cuyas sesiones habían durado apenas tres semanas, el día 5 de mayo.

Una hora después de la disolución se encontraron dos miembros, Eduardo Hyde, que después fué un célebre estadista é historiador bajo el nombre de

Clarendon, y Oliver Saint John, uno de los defensores de John Hampden. Saint John era conocido por su cara sombría: aquel día, sin embargo, la tenía risueña. Interrogado sobre la causa por Hyde, que tenía el corazón oprimido por tristes presentimientos, le contestó: «Todo va bien, pero debe llegarse á mucho peor, para mejorar después,» y estas palabras no eran sino la expresión del sentimiento general. La oposición consideraba la disolución del Parlamento como una derrota para el gobierno; parecía que éste apresuraba una catástrofe y que el próximo Parlamento le encontraría completamente indefenso. Ya había asonadas en las calles de Londres. El palacio del arzobispo Guillermo Laud fué sitiado por mucha gente que gritaba y amenazaba, mientras otros se dirigían á la iglesia de San Pablo, donde la Convocación del clero contra la costumbre establecida continuó sus discusiones después de la disolución del Parlamento, y á pesar de la protesta de varios miembros, adoptó nuevos dogmas que promovieron escándalo, concediendo por último al rey una importante suma durante seis años. Además contaba el gobierno, para aumentar sus recursos, con los subsidios irlandeses, la exacción del dinero para buques y los donativos de los Lores. Otros planes concebidos con el mismo objeto de conseguir un aumento en los recursos, como, por ejemplo, el de disminuir la ley de la moneda, no llegaron á realizarse.

Escudo y firma de Jhon Pym

Pero, á pesar de que apuró los medios que poseía, la situación del rey era muy embarazosa. En ningún punto tenía la confianza ni la protección del pueblo, y aunque mandó prender á algunos de los aldermen de la City, no por ello se halló ésta mejor dispuesta en su favor. La movilización de las milicias en el Norte luchaba con una gran resistencia, y el acuartelamiento y el equipo de las tropas ofrecían serias dificultades. Varios de los movilizados se mutilaban para no prestar el servicio, y muchas veces los soldados pasaban á vías de hecho contra los oficiales. Cuando Carlos I llegó á York encontró al ejército en el estado más deplorable. Le acompañaba Strafford, achacoso é irritable y que apenas podía sostenerse á caballo; mas, á pesar de ello, quiso tomar el mando en substitución del conde de Northumberland, que se hallaba enfermo. Pero en seguida recibió la noticia de que los escoceses no esperaban el ataque, sino que, por su parte, habían emprendido la marcha hacia Inglaterra.

Los covenantistas habían adquirido grandes alientos con las noticias que les llegaban del reino del Sur, pues sabían que el puritanismo inglés los consideraba como aliados. Un lord inglés se había ofrecido á traspasar la frontera,

siendo bastante atrevido para unir á la suya la firma de varios otros lores de los más conocidos. Además la actitud de la última Cámara baja les daba la esperanza de que no se les considerase como enemigos, sino que se les recibiera con los brazos abiertos como amigos. Reunieron un Parlamento por su propia voluntad, nombraron un comité permanente, dieron á Leslie el mando en jefe é hicieron todos los preparativos necesarios para entrar en campaña. En 20 de agosto cruzó el Tweed el pequeño, pero bien organizado ejército. Precedieron á las «gorras azules» muchas proclamas en las cuales se hacían constar los sentimientos fraternales de los invasores. Aquellos audaces caballeros, montados en sus pequeños caballos, aquellos fuertes montañeses con su pintoresco traje nacional, muchos de ellos armados únicamente con flechas y arcos, iban sólo, si ha de darse fe á sus proclamas, «á remediar los males que habían sufrido sus hermanos y con la esperanza de ser protegidos por ellos en la lucha que iban á emprender por la causa común.» Una parte del ejército inglés trató de impedirles, cerca de Newburn, el paso del Tyne; pero después de un ligero combate rechazaron los escoceses al enemigo, pasaron á la otra orilla y el día siguiente (29 de agosto) entraron en Newcastle. Después se extendieron por los condados del Norte y se apoderaron de Durham, Shields y de otros puntos, no haciéndoles resistencia el pueblo en ninguna parte.

El rey y Strafford habían salido de York en dirección del Norte, pero la noticia de los triunfos de los escoceses les había obligado á retroceder, y aunque dirigían la vista á todas partes, en ninguna encontraban un rayo de esperanza en su desesperada situación. El ejército estaba indisciplinado y no tenía ganas de combatir; en el país crecía la agitación de día en día, y hasta varios individuos del clero se rebelaban contra los dogmas de la última Convocación. La City, así como la compañía de las Indias orientales, se negaban á sacar al rey de sus apuros pecuniarios, y por otra parte no podía hacerse un empréstito en el extranjero. En el consejo privado hubo grandes reyertas, no pudiendo defenderse Strafford contra sus enemigos públicos y secretos. El edificio entero de la monarquía absoluta se desquiciaba; pero, á pesar de ello, el rey no quería convencerse aún de que era de última necesidad el convocar á elecciones para el Parlamento, y valiéndose de una costumbre muy anticuada, convocó los Pares del reino para York. Gran número de voces se dirigieron al rey para que, con la mayor premura, adoptase el único camino que podía conducir al bien del país. Muchos miembros de la alta nobleza, entre ellos los condes de Bedford, Hertford, Essex, Warwick, los lores Brooke, Saye, Mandeville, le entregaron una petición en la que declaraban que el único medio de salvación para Inglaterra, era la pronta reunión de un Parlamento. La City no se dejó imponer tampoco y pidió lo mismo. Pym, Hampden, Saint John y sus correligionarios atizaban el fuego. Los adversarios del gobierno celebraban reuniones secretas, trabajaban el pueblo y sin duda alguna estaban en connivencia con los escoceses.

Lo que un nuevo Parlamento significaba se había dicho bien claro: satisfacción de las reclamaciones políticas y religiosas. Debía, como decía claramente

Tomás Wentworth, conde de Strafford. Copia de un cuadro original de Van-Dyck

la petición de los Lores, «sujetar á los tribunales» á los fautores de las medidas ilegales y á los malos consejeros de la Corona y entregarlos al «castigo que hubiesen merecido.» Tal Parlamento debía convertirse en lo que había profetiza-

do John Milton, en un instrumento terrible destinado á dar golpes mortales. Pero no valía la reflexión; si el rey no quería sufrir en Inglaterra lo que le había pasado en Escocia, debía ceder. La reina misma le instaba á ello, y Strafford se inclinó ante la dura necesidad. El Parlamento fué convocado para el día 3 de noviembre.

Cuando los Pares llegaron á York, el motivo principal de su reunión había desaparecido; pero se aprovechó su presencia para entrar en tratos con los escoceses en Ripon y recoger el dinero que se necesitaba para el sostenimiento de las tropas reales (1). El municipio de Londres dió por ruego de los Lores la suma de 200.000 libras que le debía ser reintegrada por el Parlamento. Los escoceses convinieron en no avanzar más, pero conservaron á Northumberland y Durham hasta la conclusión de un tratado definitivo, y recibieron diariamente 850 libras de los condados del Norte, que también pidieron se les resarciera por el Parlamento. La época del absolutismo real había concluído; Carlos I perdió la dirección de los negocios del Estado. La preponderancia del Parlamento se dió á conocer aun antes de que se reuniese.

(1) *Notes of the treaty carried on at Ripon, taken by Sir John Burough Garter King of Arms*, editado por John Bruce (Camden-Society, 1869).

V. – REUNIÓN DEL PARLAMENTO LARGO Y PROCESO DE STRAFFORD

El día 3 de noviembre de 1640 se dirigió el rey, sin pompa y en un sencillo bote, de Whitehall á Westminster y abrió su quinto Parlamento, que se hizo célebre con el nombre de Parlamento largo (1). Aquella memorable asamblea, que duró más que el reinado de Carlos I, que fué disuelta por Cromwell y renació después de la caída del protectorado, fué una asamblea de la cual se ha dicho que aseguró y mejoró las grandes instituciones de Inglaterra, y directa ó indirectamente dió origen á todo lo que en Europa y en América existe en punto á libertad política.

Observadores concienzudos notaron que la mayoría de los diputados mostraban gran orgullo, y que personas que antes se habían distinguido por su carácter moderado, hablaban después en tono muy distinto. En la Cámara de los Lores, hombres como los condes de Bedford, Essex, Warwick, Holland, Northumberland, el vizconde Saye y Sele, Kimbolton y Brooke, por uno ú otro motivo, eran adversarios del gobierno. En la de los Comunes se habían engrosado las filas de la oposición; sus atrevidos jefes contaban con un partido numeroso y decidido; y hombres que por perteneeer á distintos partidos habían sido hasta entonces acérrimos enemigos, se unieron para un fin común. John Pym era el general en jefe de la oposición, constituyendo su estado mayor los Hampden, los Cromwell, los Fiennes, los Haselrig, los Strode y los Holles. Los talentos más distinguidos, como Falkland, Hyde, Colepepper, que poco después ensayaron la formación de un partido moderado, lucharon al principio de la legislatura en primera fila para limitar la arbitrariedad del poder y pedir medios para combatir sus ataques. Los juristas más ilustrados, como Selden, Whitelocke y Saint John, suministraban con el mismo fin todo el arsenal de sus conocimientos, y el fogoso Henry Vane y el satírico Henry Marten trabajaban

(1) El conocido poeta Tomás May, mientras duraba aún el Parlamento largo, empezó á escribir su historia bajo el título de *History of the Parliament which began 3 nov.* 1640, y que se publicó por primera vez en 1647. Su libro estaba escrito con el espíritu de la oposición y con intención de que produjera cierto efecto en el pueblo, pero era muy moderado y de carácter objetivo. En el año 1650 publicó su *Breviary of the History of the Parliament*, etc., menos apasionado, á consecuencia de los progresos que había hecho la revolución. Se conservan aún anotaciones de algunos miembros de la asamblea, como, por ejemplo, los *Verney-Papers*, publicados en 1845 por la Camden Society (véanse asimismo los *Letters and papers, of the Verney family*, publicados en 1853), y especialmente el diario de Sir Simond d'Ewes, gran conocedor del derecho póblico y de la historia de su patria. Este extenso manuscrito, por cuya publicación la Camden Society añadiría un nuevo mérito á los anteriores, permanece sin imprimir en el British Museum (Harlej. Msc. 162), aunque de él se han sacado muchos datos, especialmente John Forster en sus diferentes trabajos relativos á la historia de la revolución inglesa, y John Langton Sanford en sus eminentes *Studies and Ilustrations of the great Rebellion*, Londres, 1858.